

La religiosa casa que acababa de tomar nombre del ermitaño, no tardó en ser uno de los mas famosos y mas opulentos monasterios de toda España. Los reyes, los príncipes y magnates se esmeraron en enriquecerla con sus dones, los papas le tendieron su mano, los peregrinos llegaban en procesion á visitarla de todos los paises del mundo.

Cada día iba creciendo en suntuosidad, en esplendor, en magnificencia.

Pero, antes de pasar á otra época, antes de fijar nuestros ojos deslumbrados en los tesoros que encerraba Poblet, oigamos una de sus bellas leyendas.

#### IV.

SARRACENO, MONJE Y MARTIR.

(1156.)

Lupo, el rey moro de Valencia, envia á buscar una mañana á Amete, el hijo segundo de Almanzor, el rey moro de Carlet.

Lupo estaba sentado en su jardin á la sombra de un bosquecillo de olorosos naranjos cuando llegó el jóven Amete.

El jóven Amete!.. Las orillas del Turia no han producido nunca mozo mas gallardo ni mas galan. Nadie como él maneja una lanza, nadie como él puede domar un rebelde potro andaluz, nadie mas que él es vencedor en las cañas, nadie mejor que él sabe cantar amores al pié de la árabe ventana.

— Amete, — le dice Lupo, el rey moro — el conde Berenguer de Barcelona me brinda con treguas, deseo aceptarlas y necesito un mensajero que vaya en mi nombre á sellar el pacto con el de Barcelona.

— Yo seré ese mensajero — contesta Amete.

— Toma pues el mejor de mis caballos, toma para escolta la flor de mis soldados, escoje para hacer un presente al conde las mejores de mis joyas... Apresúrate y parte!

— Solo os pido un momento para besar la barba blanca de mi anciano padre Almanzor y dar un abrazo á mis hermanas Zaida y Zoraida.

Lupo le concedió este momento. Amete abrazó á su viejo padre y á sus bellas hermanas y en seguida partió.

Partió montado en un potro cordobés, negro como la noche, que igualaba al viento en su carrera. Cuatro soldados moros le seguian. Era toda su escolta. Amete no necesitaba mas. Era audaz y arrojado, valiente y temerario.

Ya muy entrados en Cataluña, en ocasion que atravesaban un espeso pinar, la noche les sorprendió, la noche envió un manto de tinieblas para envolverles.

La noche envió un manto de tinieblas para envolverles y un soldado moro dijo: — Allá abajo, á nuestra izquierda, á la luz del crepúsculo, poco há, he visto unos montes soberbios que escondian su frente en un turbante de nieblas; el sol al retirarse nadaba en un mar de sangre; el aire que azota nuestros rostros tiene un hálito de fuego. Vecina está la tempestad.

Vecina está la tempestad; se lo dice á Amete el viento que azota con desiguales y furiosas ráfagas las crespas cabelleras de los pinos; se lo dicen esos ruidos sordos, prolongados y lejanos que se oyen de noche en la montaña cuando se aproxima la tempestad y que parecen gemidos lanzados por las fragosas sierras al sentir el látigo del huracan. Sí, sí, — grita Amete — la tempestad nos sale al encuentro. Compañeros, á escape!

Á escape, ha dicho, y el bruto cordobés vuela, vuela con la rapidez de un águila que se lanza sobre una presa, con la velocidad de una flecha que rasga el aire. Bien pronto deja atrás á sus compañeros.

Deja atrás á sus compañeros y en tanto el huracan se desencadena. El viento silva como una monstruosa serpiente en la llanura y ruge como un leon entre los matorrales. Los pinos mas altos son tronchados, los árboles mas corpulentos siembran el camino. De la montaña bajan torrentes furiosos que arrastran, gruñendo, enormes peñascos. El cielo ha abierto sus cataratas.

El cielo ha abierto sus cataratas, y el valeroso potro ya tiene que saltar por sobre una barrera de árboles atravesados en el camino, ya resbala por la pulida pendiente de unas peñas, ya costea inteligente el hoyo profundo abierto por las aguas de la montaña, ya atraviesa á nado el torrente que cruza desbordado el bosque. Todo es destruccion y muerte, todo terror y espanto. De pronto....

De pronto un rumor de voces viene á mezclarse con el ruido del viento. Entre el desorden de los elementos, entre el rugir de la tempestad, entre

el fragor del huracan, Amete distingue á ráfagas un canto misterioso, melancólico, divino. Es el canto misterioso de las houris de Mahoma?... ó es el himno de júbilo de los genios destructores que gozan en la revolucion de la naturaleza?... Amete siente una emocion ignorada.

Siente una omocion ignorada hasta entónces, y no acierta á preguntarse á sí mismo. Tiene miedo de saber. El huracan redobla su furia y el caballo su celeridad. Los árboles pasan raudos por su lado como hileras de gigantes fantasmas; los montes y los bosques cruzan rápidos por su vista como las visiones de un sueño. Solo le falta una antorcha en la mano para asemejarse al genio de la tempestad cruzando en desatada carrera sobre un caballo negro las selvas y los valles. Ignora donde va, ignora donde se dirige... su caballo le guia...

Su caballo le guia... y cuando por fin se para, la masa de un imponente edificio al lado de una sombría alameda, se eleva ante él. Amete lo habia creido al pronto un gigante con la cabellera echada hácia atrás. Ó asombro! el canto que habia oido, lo oye aun de nuevo, pero mas cercano.

Mas cercano, como que sale del edificio mismo. Es una reunion de varoniles acentos que entonan un cántico nocturno, puro, religioso, lleno de suave poesía, impregnado de sublimidad y de dulzura, rebosando tierno sentimiento, inefables encantos como las memorias dulces de una risueña infancia. Amete lo escucha un instante suspenso, y, en su éstasis, casi se diria que le vé partir como un surco de luz rasgando el viento que brama, desafiando la lluvia que cae, atravesando la nube preñada del rayo, deslizándose por entre la tempestad y la cólera de los elementos, tranquilo, esplendente, májico, celestial, divino. Así vé el viajero alguna vez brótar un lirio entre zarzales: así vé el cazador de vez en cuando una blanca paloma perdida entre una bandada de buitres... Amete siente algo que le habla en su interior.

Siente algo que le habla en su interior, y abandonando el caballo que se deja caer á un lado muerto de fatiga, empieza á escalar la cerca del edificio. Donde vá?... Qué idea le guia?... No lo sabe.

No lo sabe, pero aquel cántico le fascina, le seduce, le arrastra, le atrae en fin como el iman al hierro, como la luz á la mariposa, como el sol de la libertad al cautivo que gime entre las tinieblas de una mazmorra. Amete se halla en el interior del edificio.

Se halla en el interior del edificio, atraviesa un jardin, sigue por un corredor, cruza un claustro. penetra en un templo. Allí, bajo las bóvedas so-

noras rodeado de misterio y de solemnidad, de dulzura y de poesía, el cántico suena mas escelso y mas divino, y los unidos acentos, entre oleadas de armonía, ruedan majestuosos por las cóncavas profundidades. El templo está sumerjido entre tinieblas y solo tres luces brillan en el altar.

Solo tres luces brillan en el altar, porque aquel templo es el de Poblet y aquel canto la *Salve*, es decir, el saludo entusiasta que al caer la tarde y á los primeros albores de la mañana, los corazones cristianos dirijen á la Reina de los ángeles. Las tres luces solas son un recuerdo á las tres estrellas que los solitarios de Lardeta y el ejército de Berenguer vieron un dia brillar sobre la alameda. Amete se apoya en una columna y llora.

Y llora abundantemente, llora sin tregua su infancia pasada en el error, su juventud transcurrida en la obcecacion. Amete se siente renacer, siente bullir en su alma un mundo de nuevos sentimientos, y las lágrimas que derrama son el rocío bienhechor que hacen brotar estos sentimientos y son á la vez el bautismo que purifica y lava de la culpa sus horas de ceguedad y de engaño. Amete cae de rodillas.

Cae de rodillas, y entónces uno á uno en procesion, unos seres estraños, cubiertos con largos y blancos ropajes empiezan á deslizarse por delante de él. Son los monjes que se retiran del coro cruzados los brazos, inclinada la frente, murmurando la postrer plegaria del dia.

Un monje repara en Amete y dá un grito.

—Válgame nuestro glorioso padre San Bernardo!.... un moro!.... un moro en la casa del Señor!

—Un moro! — repiten los demás monjes con asombro.

Y todos se hacen atrás horrorizados haciendo la señal de la cruz.

El abad solo se adelanta.

—Quién eres? — le dice.

—Soy Amete, el hijo del Rey de Carlet.

—Quién te ha traído aquí?

—La tempestad.

—Donde ibas?

—No lo sé... no lo recuerdo ya.

—Á quién buscas en estos sitios?

—Á Dios.

—Qué quieres pedirle?

—Que me deje habitar estos lugares, que me deje ser uno de vuestros hermanos, que me deje vestir ese ropaje que vestís vosotros, que me deje

oir esos cantos que me enajenan y que me deje en fin adorarle, la frente en el polvo, el pensamiento en el cielo, como un hijo de cristianos.

El abad se volvió hácia los monjes.

—Acercaos hermanos!..... Es un alma que pide entrar en el camino de la virtud que conduce al cielo. Acercaos y demos gracias por ese nuevo beneficio á Dios y á nuestro padre San Bernardo!

—Bernardo! — esclama el moro. — Oh! así es como quiero llamarme de hoy en adelante.

— Así te llamarás.

Y todos entonces doblaron la rodilla, y de lo íntimo de sus corazones dieron gracias á Dios porque dejaba penetrar la luz santa de la fé en el corazon de un infiel.

Desde entonces hubo en Poblet un monje mas que se llamó Bernardo, un monje virtuoso y santo, cuyos rezos continuos, cuya austeridad y penitencia, cuya ascética vida le valieron el que volase la fama de su virtud hasta los mas remotos confines.

Desde entonces la caridad en Poblet fué mas abundante, y á miles los pobres que acudian á sus puertas, pues, siendo Bernardo el dispensero, ni un solo menestero se retiraba nunca sin ser socorrido.

Desde entonces todos pedian ver y besar la mano al santo, segun llamaban á Bernardo, pues es fama que habiendo un dia el abad reprendido al dispensero por su prodigalidad sin límites, Bernardo manifestó los graneros intactos y aumentadas las arcas del tesoro.

Desde entonces habia crecido el número de los convertidos, pues con sus consejos Bernardo atrajo á la religion de Cristo á una parienta suya llamada Doraycela de Lérida y á otros muchos sarracenos de la misma ciudad.

Un dia, Bernardo se presentó al abad y le pidió su bendicion y su permiso para emprender un viaje.

— Partes? — le dijo el abad. — Adónde vas hermano?

— A Valencia, á Carlet. Tengo allí unos hermanos cuyos ojos quiero abrir á la luz y cuyo corazon á la fé.

Dióle el abad su bendicion, pero se la dió llorando.

— Partes, ay! permita Dios que vuelvas! permita Dios que no halles en tu camino la palma del sufrimiento y del martirio!

— Hágase la voluntad de Dios, — dijo Bernardo despidiéndose del abad.

Bernardo marchó y llegó á su país. Su anciano padre habia muerto y su hermano Almanzor era rey de Carlet. Quiso ver á sus hermanas Zaida y Zoraida.

Las dos le recibieron llorando.

— Os traigo á cada una una cruz y un rosario, — las dijo.

Y desde aquel dia Zaida y Zoraida se llamaron María y Gracia; pero, lo que habia conseguido de sus dos hermanas, no pudo lograrlo de su hermano Almanzor. El corazon de este era duro como un mármol. Ningun presente quiso admitir, ninguna palabra oír.

— No te conozco, — dijo á Bernardo, — no sé quien eres, renegado. Solo puedo decirte que si no partes pronto hácia aquellos que te han enviado, la luz del dia dejará de brillar para tí.

Bernardo entonces fué en busca de María y Gracia y las dijo: — Vamos.

Y los tres partieron.

Al saber Almanzor la fuga de sus hermanas, salió apresurado tras ellas, al frente de una escolta de sarracenos. En vano huyó hácia el Júcar Bernardo para embarcar á sus hermanas y salvarlas; alcanzóles Almanzor, degolló á las pobres niñas, y despues de maniar á Bernardo á una encina, arrancó el clavo que aseguraba el timon de la barca y lo mandó clavar sin misericordia en la frente del cisterciense.

Bernardo murió como el Redentor, perdonando á su verdugo.

Jamás en Poblet se volvieron á tener noticias del monje santo.

Medio siglo despues, luego que el rey Don Jaime I hubo conquistado Valencia de los moros, fué avisado por unos almogávares que en los campos de Alzira se hallaba sangre fresca y se veia un hermoso y celestial resplandor en medio de la noche. Acudió allí el buen rey, mandó cavar la tierra y hallóse el cuerpo de Bernardo....

Esta es la historia de la imágen de un monje con la frente atravesada por un clavo que todos los peregrinos se detenian á mirar en Poblet: esta la historia de san Bernardo de Alzira, el hijo del rey de Carlet, el moro Amete.

## V.

## EL EDIFICIO.

POBLET fué creciendo en suntuosidad, en esplendor, en magnificencia, ya lo hemos dicho.

Llegó á ser una de las mas ricas joyas de los cistercienses, y un dia llegó en que D. Pedro IV de Aragon *el Ceremonioso*, lo convirtió en casa fuerte mandando alzar un muro para el caso en que, si fuere Poblet acometido, pudieran ser defendidas las reales cenizas en aquel sitio enterradas. He ahí porque desde 1377, el monasterio se vió constituido en una fortaleza, guarnecidos sus cuatros lienzos por doce torres, coronado todo el muro de almenas y ladroneras á pique de ser tomado á primera vista por un rico y opulento castillo feudal como sabia solo levantarlos la edad media.

Y en verdad que no hubiera sido muy grave la equivocacion, porque verdadero castillo era Poblet y poderoso señor feudal era el abad con todas sus jurisdicciones. Si un conde de Barcelona y rey de Aragon se llegaba á llamar á las puertas del monasterio, el abad de Poblet salia de su palacio particular y recibia al monarca revestido con mitra y báculo de obispo, rodeado de una corte y de un fastuoso ceremonial feudal y llevando un numeroso séquito de monjes parecidos á los antiguos caballeros religiosos por lo holgado y flotante de sus militares mantos blancos con cola que majestuosamente arrastraban.

Y cuando el ilustre huésped que así recibia Poblet, devolvía atento su felicitacion al gefe de todos aquellos religiosos, saludaba al abad de siete abades, al baron de Prenafeta y otros siete lugares en el campo de Tarragona, al de diez y siete en la Segarra, al de Algerri con otros ocho adjuntos, al de las Garrigas con otros doce, al de Cuarta y Aldaya en Valencia, al señor de los molinos de la huerta de dicha ciudad; en lo tem-

poral, dueño de diez y nueve lugares entre pueblos, granjas y yermos cercanos al monasterio, y en lo espiritual dominador de dos prioratos y una comunidad, sin contar los títulos que le correspondian como rector nato de varias iglesias parroquiales que estaban bajo su patronato.

Por lo demás, Poblet recibia á cada paso inequívocas pruebas de la munificencia y largueza de los reyes que se esmeraban en hacer riquísimos presentes en vida al monasterio que les debía albergar en muerte; los mas opulentos magnates acudian á los piés del abad á depositar sus primorosas ofrendas; los peregrinos dejaban allí sus modestos dones, y los artistas de mas fama hacian depositario al edificio de joyas de valía, para que, conservándolas intactas, les conquistasen el aplauso y admiracion de las edades venideras.

Hoy nada de todo esto existe. El viento de la destruccion ha soplado sobre Poblet y el hacha revolucionaria ha demolido en gran parte sus muros. Pero sin embargo, ese monton de escombros habla mas alto al viajero peregrino que todas las grandezas de la tierra, y por eso es que, recorriendo con los ojos de la imaginacion siglos y épocas pasadas, vé momentáneamente alzarse á su vista majestuoso y lleno de vida el edificio, y penetra en él, y lo recorre, y se detiene ante sus maravillas y enumera sus grandezas y traza finalmente de él un perfecto aunque breve y lijerísimo bosquejo.

Rodea, segun ya se ha dicho, aquel vasto recinto, un muro almenado de 2154 varas de estension con seis de elevacion. Hizolo construir Don Pedro IV de Aragon mandando trabajar en él personalmente á todos los habitantes de las veguerías de Montblanch, Lérida y Cervera, y, por disposicion del indicado rey, el abad Don Guillen de Aguiló fué el que principió y concluyó la obra que duró del año 1367 al 1377. Ábrese en este muro la llamada puerta real entre dos torreones octóganos coronados de almenas abarbacanadas y defendida en la parte superior por otra barbacana.

Atravesado este muro, el viajero penetra en una vasta plaza donde á derecha é izquierda halla habitaciones ocupadas por oficiales de todas artes y menesteres formando tambien parte de aquellas las de los religiosos ancianos, el dormitorio, el locutorio de los conversos, el hospital, las bodegas, los graneros, los silos, grandes caballerizas, corrales para los ganados, almacenes, fuentes, pozos para conservar la nieve, carpintería, almacén de los picapedreros, molinos de harina, hornos, molinos de aceite, lagares, en una palabra todo lo que puede necesitar una poblacion entera.

Allí, en el fondo de esta plaza se eleva la magnífica portada del edificio principal revestida con los escudos de Aragon, Cataluña, Sicilia y Castilla junto con el símbolo de Poblet y los timbres de varios abades. Allí, á la izquierda, hay la antigua fábrica de santa Catalina que consta de diez y ocho varas de longitud y doce de anchura, y es una de las tres que mandó edificar el conde Don Ramon Berenguer IV, consagrada por el obispo de Valencia Don Andrés de Albalate á 20 de junio de 1254.

A espaldas de esta capilla se halla la habitacion del Bolsero contigua al hospital donde los pasajeros como los dependientes del monasterio estaban asistidos con lujosa decencia. Formando parte de este mismo cuerpo arquitectónico estaba la hospedería donde los peregrinos y demás que arribaban, se veían bien asistidos por los criados del monasterio que estaban allí á las órdenes de un religioso de obediencia.

Al rededor de la iglesia mayor, agrúpanse las habitaciones y demás partes del monasterio, que en obsequio de la brevedad mencionaremos de paso. El claustro llamado de San Estévan edificóse en 1445 de orden de Don Fernando I en el mismo lugar que ocupara el antiguo. Es obra magnífica de treinta y tres varas de longitud con 24 de anchura, y aun se vé allí la pequeña iglesia dedicada al mismo san Estevan, otra de las tres que fundó el conde de Barcelona, y junto á ella las *Cámaras Reales* construidas en 1375 donde paraban los reyes y su familia.

Atravesando otro claustro contiguo á este y el locutorio, llégase á la librería, que en dos naves dividen cuatro columnas jaspeadas: adornan sus paredes varios ricos cuadros y entre ellos los retratos de Don Pedro Antonio de Aragon y de su esposa Doña Ana Catalina de Lacerda favorecedores del monasterio; y los 3,750 volúmenes, lujosa y uniformemente encuadernados, y los grandes estantes de ébano que los encierran dentro cristales venecianos, aun conservan las armas de aquel magnate con cuyo nombre se honra la librería. En una pieza inmediata está la llamada *Biblioteca Antigua*, igual con corta diferencia en número de volúmenes á la de Don Pedro Antonio de Aragon; y saliendo de ella, á la otra parte del locutorio, tiéndese el bello claustro mayor, obra del siglo XIII.

Con este graciosísimo claustro, cuyas paredes desaparecen debajo de los sepuleros, donde se ven esculpidos los nombres mas célebres de nuestra antigua nobleza, se comunican las principales piezas del monasterio entre las cuales cuéntanse la sala capitular, el palacio del rey Don Martin y la iglesia mayor.

La sala capitular! oh! qué bella! Miradla y sorprendeos. Mirad sus tres na-

ves que se tienden en toda su gracia divididas por cuatro columnas octóganas tan delgadas y esbeltas, que la vista recorre todo el ámbito de aquel sitio como si ningun estorbo en medio se levantara. Mirad sobre sus capiteles arrancar los arcos de las bóvedas, alzándose primero casi rectos como si fuesen continuacion de las columnas y derramándose luego con bellísima proporción á uno y otro lado. Mirad como corren al rededor del muro los tres andenes de gradas con reclinatorios y la ostentosa silla de la presidencia recamada de mil esculturas, que daban asiento á los graves padres en sus concilios. Mirad repartidos por las dos paredes laterales doce cuadros de dorado marco con otros tantos retratos de los monjes que sobre el humilde hábito de San Bernardo vistieron la púrpura ó cubrieron su cabeza con la mitra ó con la tiara. Mirad, en fin, alfombrado el suelo por largas y anchas lápidas sepulcrales mostrando esculpidas las efigies de los abades, que conforme á las instrucciones del monasterio, allí fueron sepultados, y decidme si todo esto, á la poética claridad que atraviesa por entre las dos espaciosas ojivas con cristales de colores que representan los principales pasajes de la vida de San Bernardo, si todo esto, repito, no es rico, majestuoso, grande!

El palacio del rey Don Martin, aunque está situado junto al claustro, tiene no obstante su ingreso y fachada á la derecha del que entra por la referida puerta real de la muralla. Deseoso el pacífico y sabio monarca de acabar sus dias en la quietud del claustro, mandó en 1397 fabricar este edificio para cuanto pudiese practicar su resolución que no se le dejaron cumplir los acontecimientos. Labraron los artífices delicadas ventanas y puertas, en que derramaron las ricas molduras y filétes propios del género; esculpieron sobre la portada las armas de los reyes de Aragon, y levantaron suntuosas bóvedas en los salones y aposentos. Hubo sin embargo de sobrecojer la muerte al rey antes de que la fábrica estuviese en su punto de perfección, y quedó para siempre incompleta é inhabitable, ya que el interregno y las consecuencias del Parlamento de Caspe que se siguieron á la muerte de Don Martin, fueron muy poco á propósito para que nadie pensara en darla término.

Pero el edificio mas notable de Poblet y el que mas bellezas contiene, es sin disputa la iglesia mayor. Sin embargo, antes de entrar, retrocedamos un poco para visitar aunque solo sea esteriormente el palacio del abad cuya fachada se eleva compuesta de un pórtico de orden toscano con cinco grandes balcones en el piso principal, cuatro ventanas en el bajo, construidas las paredes de ladrillo, y de sillería las cornisas, aristas, cantoneras, friso y mar-

cos de las ventanas y puertas. Hecha esta visita, podemos regresar á la iglesia cruzando el hermoso y vasto jardín, refrescado con surtidores, que sirve de pasadizo desde el palacio del abad al templo.

Entremos ya por fin en esa iglesia cuyos cimientos, segun va dicho, echó el condé Don Ramon Berenguer IV, pero la cual su sucesor Don Alfonso, al encargarse de su prosecucion, amplió y mejoró de manera, que bien pudiera decirse formó nueva planta.

Consta su interior de tres naves y forma una cruz latina de considerables dimensiones, pues su longitud desde la entrada al remate es ciento dos varas y media; su elevacion noventa y dos en la nave central y veinte y siete en las laterales, y su altura veinte y siete, escepto en el crucero donde llega á cuarenta y cinco. Siete pilares por parte, rodeados de agrupadas columnas, dividen la central de las menores, y en el presbiterio es de ver el gracioso conjunto que ofrecen describiendo el ápside.

Esa es la iglesia tan celebrada por los peregrinos y las historias, con sus esbeltas columnas góticas; llena de jaspes negros y alabastros y presidida por el inimitable retablo que se construyó en 1529 hecho todo de mármol de Sarreal; esa la iglesia bajo cuyas bóvedas han doblado la frente y declinado su grandeza ante el Señor del mundo los monarcas todos que han ilustrado el trono de Aragon; esa la iglesia con sus tesoros que por infinitos son inesplicables, con sus innumerables reliquias engastadas en oro, plata y ébano, con embutidos por todo de brillantes esmeraldas, lapizlázulis, agatas, jaspes raros, cornelinas y topacios; esa es en fin la iglesia llena de fastuosas sepulturas donde descansan en paz, esperando la hora en que el mundo retemblará al son de las trompetas del Señor, opulentos y célebres magnates cuyo nombre y cuyos hechos ha inscrito en cada una de sus páginas la historia.

Antes de visitar esas tumbas, antes de penetrar en el panteon de los reyes, deténgase el viajero frente la sacristia, obra grande, con una portada tan magestuosa como espaciosa, fabricada de jaspes los mas esquisitos con remates de escultura riquísimos, que no por pertenecer al género plateresco, dejan de ser de muy buena y entendida ejecucion.

Deténgase, digo, y antes de entrar en el recinto que encierra tesoros inmensos en oro, plata y sedas, examine la portada descrita y repare en ella á un lado la estatua de Don Bartolomé Conill, uno de los mas célebres abades; en medio sobre la puerta la del rey Don Jaime I *el Conquistador*, vestido de cogulla con corona real en la sien y cetro en su diestra; y al otro lado la del venerable Fray Pedro Marginet, el de la curiosa historia.

Ahora bien, si le ha llamado la atencion ver allí junto á un rey y á un abad la imágen de un humilde fraile, y no le pesa suspender momentáneamente su visita para oír la peregrina historia de Fray Pedro, siéntese y escuche.

Siéntese y escuche, que es por cierto rara y curiosa la histórica leyenda que á referirle vamos.

## VI.

A TODO PEGADOR, MISERICORDIA!

ALLA, cuando corria el 1600 poco mas ó menos, acertó á llegar á Poblet un pobre soldado, atraído por las maravillas que poseía y la fama de que gozaba el monasterio, queriendo la casualidad que en la misma puerta de éste se hallase con una reunion de piadosos romeros que, en cumplimiento de un voto, acudian á doblar la rodilla al pié de los altares mismos que á cada instante veian inclinarse las soberbias frentes de los reyes.

Solo y sin proteccion el soldado, pidió á los buenos peregrinos que le permitieran unirse á ellos para visitar el interior del edificio por ser probable que ningun monje se tomara la molestia de perder su tiempo para ir enseñando únicamente al soldado las joyas y bellezas de Poblet. Accedieron con gusto los romeros, y todos juntos penetraron en el templo tras los pasos del buen fraile que se ofreció á servirles de *cicerone*, como decimos ahora.

Habian ya visto los esplendores de la mayor parte de las capillas, cuando al llegar á la de las santas reliquias ó de san Salvador, el monje acompañante les mostró un nicho levantado de tierra en la pared inmediata á la epístola. Este nicho tenia á un extremo una ventanilla con una reja de hierro dorado, y acercándose á mirar por ella vieron uno tras de otro una sencilla tumba cubierta de un damasco encarnado.